

# COLECCIONISMOS

---

Siempre sostuve que el hecho de coleccionar era algo enfermizo. El coleccionista era considerado como algo casi despreciable, un ser que podría ser capaz de pasar por encima del cadáver de cualquiera por conseguir una pieza rara para su colección, alguien que, semejante al avaro, tiene la mente absorbida por el recuento de sus posesiones, el afán de conseguir otras nuevas y la envidia que le provoca el saber que otros tienen más posesiones que él o son dueños de piezas que a él le faltan.

Ningún objeto me merecía el que decidiera cambiar esta mentalidad hasta que un día me di cuenta de mi pasión por conservar mi obra, por impedir por todos los medios que editores o amigos se las apropiaran. Me convertía así en coleccionista de mi propia obra. Mi novio noruego me contaba, mostrándome las pinturas de Munch, el dolor que el pintor sentía al tener que desprenderse de sus obras a las que consideraba como a sus hijos. Una vez los dibujos fotografiados para la impresión yo me apresuraba a recogerlos antes que desaparecieran.

Pero un día me ofrecieron la posibilidad de montar una exposición y decidí, además de exponer a la venta ilustraciones a precios prohibitivos para el poder adquisitivo de amigos y conocidos de la época, desguazar las primeras páginas de Anarcoma en color, recortando las viñetas y enmarcándolas para intentar hacerlas más asequibles. Se vendieron pocas no obstante pero esto sirvió para que mi único interés por el coleccionismo desapareciera.

Montones de años pasando entre los tenderetes de sellos que montan los domingos en la Plaza Real sin prestarles la más mínima atención y un día paso y veo un comprador que manipula un bloque de postales y comenta algo de Sevilla con el vendedor. Me acerco a husmear curioso y tras comentarles que yo soy de Sevilla, el comprador comienza a pasarme las postales que ya había mirado. Algunas vistas curiosas de monumentos, de gente, de calles, de ferias y semanas santas antiguas, de finales de siglo o principios....Tienen escritos los precios y no resultaban inasequibles. Hice un montoncito con las que me parecieron más interesantes y gasté, por primera vez en mi vida, un dinero que en aquellos días me estaba ahorrando en bebida en una de mis numerosos intentos de desintoxicación. Acababa de nacer la colección de postales de Sevilla de Nazario.

Poco a poco fui descubriendo otros puntos de venta de postales en el mercado de libros y papel de los domingos en San Antonio. Puestos en los que yo jamás había reparado en mis paseos buscando libros o revistas ahora aparecían con nitidez llenos de cajas de zapatos y álbumes repletos de postales. ! Muchas más que en la Plaza Real! Y fui esculcando caja por caja, álbum por álbum, en paradas en las que previamente habías dado la contraseña: "Busco Sevilla". Los precios, y por supuesto la calidad de postales, variaban mucho de un vendedor a otro. Román era un vendedor que además tenía una tienda, (¡con muchas más postales de Sevilla! decía), en la calle Consejo de Ciento. Sus postales eran las más baratas y fue él quien me animó a crear la colección porque, cuando me fui a dar cuenta, ya tenía más de quinientas postales.

En el catálogo de la exposición de postales que se celebra en la Caja de Ahorros de Sevilla en 1986 aparecían reproducidas muchas postales de las colecciones de tres de los mayores coleccionistas de Sevilla con una relación bastante exhaustiva, (en aquella época), de todas las series editadas desde los comienzos de la existencia de las postales hasta la exposición del 1929. Este libro me sirvió de guía durante algunos años hasta que llegué a tener muchas más postales de las que se reproducían en el libro y unos datos sobre colecciones y fechas de edición mucho más rigurosos.

Poco a poco fui conociendo a los vendedores por sus nombres e indagando la existencia de otros vendedores en otras ciudades. Los vendedores Martín Carrasco y Almirante de Madrid se convirtieron durante muchos años en mis máximos proveedores de postales. Ir a Madrid suponía correr a estas dos tiendas en cuanto abrían, saludarlos y tomar asiento frente a una mesa en la que me iban suministrando dosis graduadas de género de menor a mayor precio hasta llegar al montoncito de las piezas raras y carísimas. La emoción o la decepción estaban detrás de cada postal que ibas pasando. ¿La próxima será aquella postal tan buscada jamás vista y que sabes de su existencia por referencias de otros coleccionistas, o ese número que te falta para completar una colección, o un ejemplar de una colección de la que nadie sabía su existencia...? Escogidas las piezas, una vez comprobado en el cuadernillo, (pequeño grupo de hojitas en las que tenía anotadas, con letras pequeñas que recordaban aquellas chuletas que hacíamos para copiar cuando estudiábamos, todas las series con los números que faltaban), que no las tenía repetidas, se las entregabas al vendedor. Este las agrupaba por precios o por letras, (algunos vendedores tienen las postales

clasificadas con letras, escritas a lápiz por detrás, que corresponden a precios que puedes ir mirando en una lista plastificada), para luego hacer la suma con el total. Salía de la tienda del vendedor con abultados sobres. Nunca escatimé el dinero para ir acumulando piezas a mi colección con lo que en poco tiempo logré consolidarla como una de las mejores, si no la mejor, colección, o por lo menos más completa. Podía gastarme cien mil pesetas tranquilamente.

Recuerdo con vergüenza cuando mi amigo Alberto de la calle Argensola, en cuya casa me quedaba desde la época de los setenta, cómo un día me reveló el mal recuerdo que guardaba de mis dispendios con las postales en una época en la que él debía varios meses de alquiler y no tenía un duro para pagarlo.

Una vez de vuelta en Barcelona desplegaba por la mesa el montón de postales adquiridas y tras ir tachando los números adquiridos las iba metiendo en los álbumes ordenadas rigurosamente por series y números y no por temas como hacían otros coleccionistas.

Las visitas a ciudades extranjeras conllevaban, más que información turística, información sobre lugares de venta de postales. Así frecuenté en París el célebre mercado de sellos en los jardines de las Tullerías recordando la fantástica película "Charada", las innumerables tiendas del Marais, o las fabulosas convenciones de Londres con sus miles de stands.

Desde que me encontré con cientos de postales y teniendo como referencia el catálogo de la Caja de Ahorros me propuse coleccionar todas las series editadas con todos los números de cada serie. La mayoría de los coleccionistas sólo compraban las costumbristas, las más atractivas, menospreciando las llamadas "de piedras" sin prestar atención a las numeraciones. Yo fui reuniéndolas todas, al margen de su belleza, para conseguir coleccionar las series completas. Y si un editor había lanzado dos series iguales, una en blanco y negro y otra en color, yo coleccionaba ambas series.

Con el paso del tiempo se iría creando una especie de familiaridad entre comprador y vendedores, entre el comprador y el producto en venta miles de veces revuelto, manoseado, remirado porque hay vendedores que mezclan las postales que le iban entrando obligándote a volvértelas a mirar todas de nuevo. ¡Igual hasta siete cajas de zapatos como hacía el de la calle Almirante hasta que me aburrí de manosear cientos de veces las mismas postales.. La aparición de nuevas postales dio un parón a partir de mediados de los noventa y yo comencé a salir frustrado una y otra vez de las tiendas de los que siempre tenían novedades.

”! Es que tu ya las tienes todas !” repetían unos y otros, pero no era verdad porque la realidad era que ellos ya no tenían novedades independientemente de si yo tenía muchas de las colecciones completas. La postal nace a finales de 1800 y durante los comienzos de 1900 se desarrolla una enorme fiebre de coleccionistas que se intercambian postales de todo tipo. Gracias a ellos han sobrevivido muchas series. De algunas de ellas sólo se conocen una o dos que si están numeradas pueden llevar los números 3 y 9 por lo que sospechas que la colección pudo constar de 10 números. ! Pero un día te aparece la número 12 de esa misma colección tirando por los suelos tus conjeturas. Cuando no están numeradas pero llevan el nombre del editor la incógnita es aún mayor, pero cuando ni siquiera figura el nombre del editor la postal se convierte en una auténtica rareza. Hoy en día conozco casi todas las postales que me faltan (una o dos de cada colección) porque hay otros coleccionistas que la tienen. Durante un par de años un querido coleccionista de Sevilla recientemente fallecido me hablaba, en nuestro intercambio de información de las postales que teníamos o nos faltaban, de que tenía una sola postal de una rara serie de diez: la que a mí me faltaba para completar la extraña colección. Para él la postal tenía solamente un valor sentimental porque aparecía la casa en la que él había nacido. De nada sirvieron todas las postales que le propuse como cebo para intercambiarlas por aquella ansiada pieza. Hoy no sé qué valor puedan darle los herederos y ni si quiera sé qué piensan hacer con la colección.

Otro coleccionista insobornable fue un señor que sorprendí mirando un paquete de postales en el mercadillo que montan los anticuarios los jueves en la plaza de la catedral en Barcelona. Yo iba expresamente a mirar dichas postales y tuve que hacer como que miraba otras cosas mientras observaba con el rabillo del ojo las postales que el señor iba pasando parsimoniosamente, remirándolas, incluso leyendo el escrito de algunas,(cosa que jamás suele hacer ningún coleccionista), cuando aparece una postal que me encendió inmediatamente todas las alarmas. !Una fantástica postal de una de las mejores y más completas colecciones alemanas de todas las ciudades del mundo! Mi nerviosismo ante la posibilidad de que no se la quedara sólo otro coleccionista podrá comprenderlo. De la rareza de la postal da idea el que jamás he vuelto a encontrármela. !Si se la quedo y por un precio irrisorio! Entablé conversación con él y terminamos en mi casa en donde le mostré mi colección. Llegué a ofrecerle varias postales interesantes a cambio de aquella que acababa de adquirir pero no conseguí nada. Sólo un gran cabreo al

confesarme que él no era coleccionista pero aquella postal le había gustado mucho.

En cambio si volví a encontrar dos postales que creía no volver a ver nunca. Hoy la compraventa de postales se hace cada día más a través de internet. En venta directa o en forma de subastas todos los vendedores más conocidos van poniendo su género en la red. Un día encontré una pieza rarísima que gané en la subasta justo el día antes de marchar a Madrid. En la tienda de postales de Martín Carrasco,( el mayor coleccionista del editor al que pertenecía la postal adquirida),le comenté la rareza de la pieza que acababa de comprar a X en internet. Esperé inútilmente un día y otro la llegada de la ansiada postal por correo. Reclamo la postal al vendedor X y me dice que probablemente habría sido perdida por correos,(cosa que jamás me ha ocurrido con ninguna postal en los dos años que compro habitualmente por este medio).Comienzo a cavilar y, recordando que el vendedor X que vive en Madrid y Martín Carrasco son amigos y han hecho negocios a menudo, comienzo a sospechar que le ha vendido la postal. Se me ocurre una maquiavélica (?) idea: llamo al vendedor X y le digo que Carrasco me ha enseñado la postal que yo le había comprado a él en la subasta. Cae en la trampa diciéndome que tenía dos postales iguales y nos había vendido una a cada uno. Hace unos meses se la compré a un vendedor belga. Ahora estoy esperando que un vendedor francés me envíe la postal número diez de la que mi difunto amigo no quiso desprenderse.

Los coleccionistas de principios de 1900 van muriendo y sus herederos van diseminando las colecciones. Aparecen nuevos coleccionistas y nuevos herederos formándose unos ciclos que fueron agotándose hacia 1990 en que las postales “buenas” existentes han sido acaparadas por nuevos coleccionistas que no las sueltan y, por ahora, tampoco sus herederos. Con el poder adquisitivo fue creciendo el número de coleccionistas. Hoy las postales que abundan en las tiendas son las editadas en los años 60/70 aún menospreciadas por muchos coleccionistas. No obstante las postales antiguas de grandes tiradas aún llenan las cajas de muchos vendedores. Son postales que los coleccionistas ya poseen y los posibles nuevos coleccionistas desisten de coleccionar por los elevados, (inflados), precios que alcanzan. Uno asiste a esas convenciones aburridas de Barcelona que se celebran una vez al año en algún salón de hotel en donde se vuelven a reunir una y otra vez los mismos vendedores de la ciudad,(los de fuera dejaron de asistir por el escaso movimiento de compradores a diferencia de las convenciones celebradas

en Madrid a donde acuden vendedores de todo el país), volviendo a mirar por rutina el género de cualquier vendedor encontrando justo las mismas, ni más ni menos, que el año anterior. Hoy las ventas y subastas por internet van desplazando a los vendedores de tiendas y convenciones pudiendo encontrar vendedores de todo el mundo.

Una vez muerto el coleccionista, su viuda, sus hijos o cualquier heredero se encuentran de pronto en posesión de algo que solía conocer de oídas o de verlo “por encima” como una manía, una rareza de la que ignoraba todo. Tal vez se había detenido fugazmente contemplando la postal de unos gitanos con unos burros en la feria, o un antiguo paso de Semana Santa ya desaparecido, una calle hoy convertida en avenida o una curiosa foto de una crecida del río. Pero jamás se les habría ocurrido coger un álbum y ojearlo. Desconocía los nombres de los editores, los números de cada edición, el tiempo que tardó el coleccionista en conseguir reunir todos los números de una colección o ese número tan ansiado que faltaba... Si alguna vez había oído hablar algo del precio de una pieza, su único pensamiento podría haber sido de extrañeza al enterarse de que un trozo de cartón pudiera valer esos precios. La evolución de los precios desde el comienzo de la colección hasta la muerte del coleccionista será algo que habrá quedado entre él y los vendedores. Lo mismo que las diferencias de precios de un vendedor a otro. Puedes haber encontrado gangas en mercadillos, en intercambios o en vendedores ignorantes (un vendedor ignorante se reconoce por las locuras de sus precios sobrevalorando postales comunes de bajo precio o regalando piezas de gran valor). Y ahora va el heredero y husmea por donde sabía o le han dicho que solía ir el coleccionista a comprar, y rebusca las postales y se queda atónito ante los precios escritos en el dorso de cada una, y empieza a hacer cálculos y multiplicaciones por las cuatro o cinco mil postales que ha heredado pero no sabe cómo ni a quién sería mejor venderlas. ¡Por supuesto a aquel vendedor que tiene los precios más caros! Y si va un día y se decide, se encontrará con que el vendedor quiere ver la colección. Con la colección por delante el vendedor comenzará a decir que allí hay mucha “basura” y que las postales realmente interesantes y de alto precio son pocas. Suponiendo que haga una oferta por toda la colección el total estará a años luz del precio que el heredero había calculado y si sólo se queda con una “selección” el precio total será ridículo comparado con lo que había pensado sacar a la herencia. Además ¿Qué hará con el resto de miles de postales basura o de piedras?. Pensará que quieren estafarlo e irá a otro vendedor y se encontrará

con la misma oferta. En cualquier caso el destino de la colección será volver atomizada a las cajas de zapatos de donde salieron porque al final el heredero encontrará al comprador arriesgado que le ofrezca una cantidad razonable o al comprador espabilado que lo pillaré en un momento de debilidad.

Era inevitable que un día me convirtiera en coleccionista de postales de la Plaza Real en donde vivo. Era complicado al principio porque te veías obligado a mirarte todas las postales de Barcelona para hallar alguna de la Plaza. No importaba, un buen coleccionista no suele tener prisa. Aquí tenías una postal, pocas veces dos, de cada editor. La dificultad surgía al no poder tener apuntadas en un cuadernillo los nombres de cada colección y tenías que recurrir a la memoria costándote los fallos el llegar a tener hasta cuatro mismas postales repetidas. Desde finales de siglo hasta la última descubierta en un quiosco. De 300 a 350 colecciones de editores diferentes. En blanco y negro, en sepia, en color, fotográficas.....

Pero mi colección no se reduce sólo a postales, abarca fotografías,(la más antigua, encontrada en Madrid, una vista estereoscópica de la plaza recién terminada que sólo se conocía por unas litografías y que presté al cronista Permanyer para que la publicara en la Vanguardia),sin árboles, con arbolitos, con las primeras palmeras, sin fuente, con ella, de nuevo sin fuente.....fotografías de amigos de jóvenes en la plaza, propaganda de comercios, calendarios, revistas con artículos, planos de los proyectos que se presentaron a concurso y la estrella de la colección: la medalla de plata concedida al arquitecto Oriol Mestres ganador del tercer premio del concurso(las dos medallas de oro se las llevaría el ganador y el segundo premio Daniel Molina).Un día me vino un anticuario que sabía que coleccionaba todo lo referente a la plaza y me mostró la magnífica y única pieza delicadamente labrada en plata diciéndome que tenía que comprársela. Pedía veinte mil pesetas que era una pequeña fortuna diciendo que ya su peso lo valía. Me resistí a gastarme tanto dinero hasta la mañana siguiente que corrí a la tienda con el dinero en el bolsillo.¡Mía! Otra valiosa pieza, junto con un grabado de la explanada del patio del convento en donde se erigiría la plaza, son dos billetes de la lotería que se celebró para financiar los comienzos de la construcción.